

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 21



LEYENDAS Y TRADICIONES

(VALLADOLID)

HUBO en cierta época no muy lejana, un famoso revolvedor de Archivos y Bibliotecas que, emprendiéndola con las leyendas de los santos, demostró, á veces, como dos y dos son cuatro, y casi siempre como dos y dos son cuarenta y ocho, que la mayoría de ellas carecían de fundamento.

Esto no obstante, un cura de cierta parroquia, cada vez que se cruzaba con el terrible demolidor, saludábale humilde y profundamente; y como alguien manifestara extrañeza por tal conducta, el sacerdote respondió:

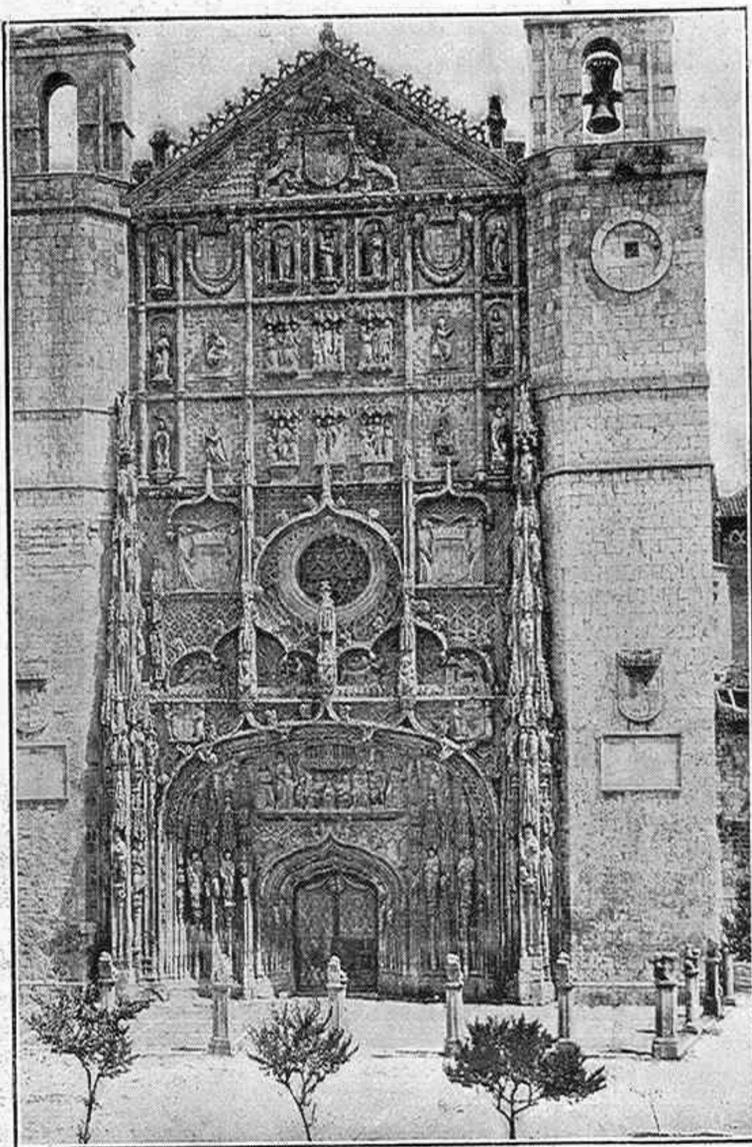
—Lo hago para que me tenga misericordia y no se meta con el pobre San Roque, que sólo pende ya de un hilo, pues todos los días, cuando me levanto, temo encontrarme sin santo titular para mi iglesia, lo cual me fastidiaría bastante.

Ahora no faltan tampoco, antes sobran, demolidores como el de marras, y unos con razón, otros sin ella, están poniendo la historia *histórica* y la *legendaria* de tal manera, que los aficionados á esta rama de la ciencia nos levantamos también diariamente, preguntándonos á semejanza del cura de la anécdota:

—¡Si nos encontraremos con que la batalla de San Quintín fué un infundio ó con que Luis XIV no existió más que en la acalorada mente de Alejandro Dumas, padre!

Creo haber tocado ya este asunto en otro artículo; mas de nuevo me ha venido á las mientes y de éstas á la pluma, con el motivo que sabrá pronto el curioso y paciente lector.

Valladolid, la ciudad del Pisuerga, justamente orgullosa de sus recuerdos históricos, de poseer monu-

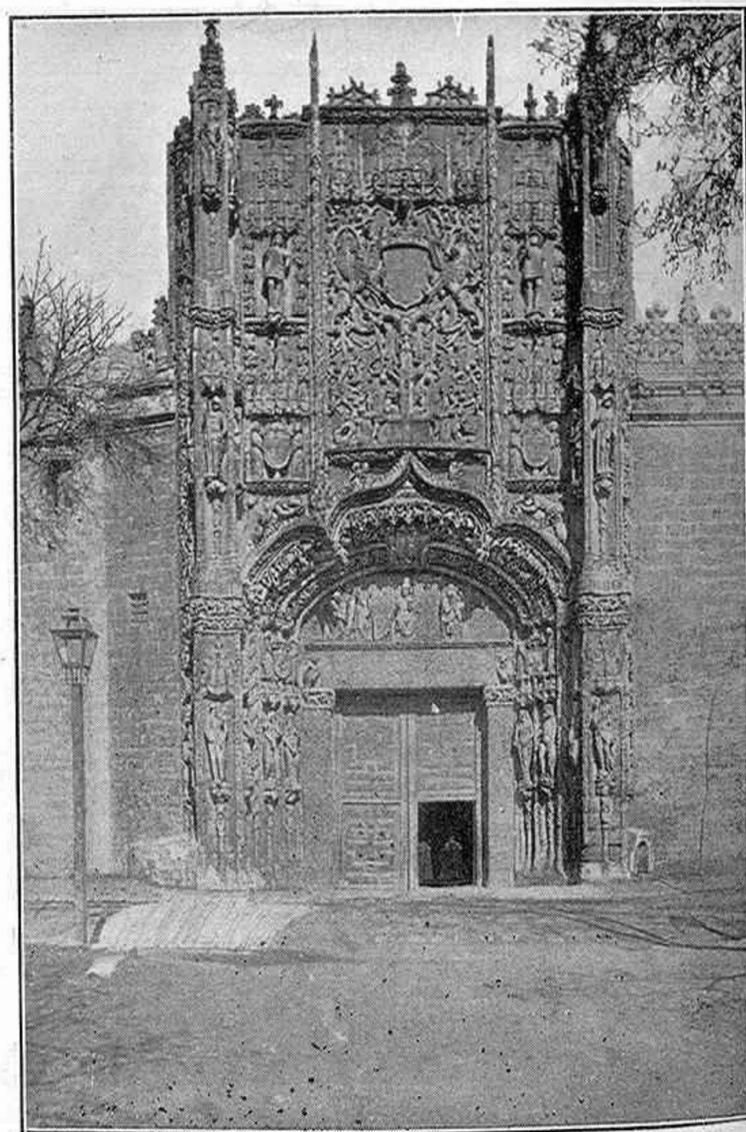


FACHADA DE SAN PABLO.

mentos como su Catedral, obra en parte del famoso Juan de Herrera y Santa María la Antigua, fundada en el siglo XI por el conde Pedro Ansúrez; envanecida con razón de haber sido cuna de Felipe II, el Monarca más grande de su época y de otras muchas, y de José Zorrilla, el más insigne vate moderno; Valladolid, la ciudad de los hermosos teatros y de paseos como el *Campo Grande*, diciséis veces más extenso que la Plaza Mayor de la villa y corte; Valladolid, repito, encierra un modesto edificio que fué durante mucho tiempo más admirado, visitado y celebrado que los arriba citados monumentos y al cual atribuíasele más importancia tradicional que á todos ellos.

Es una modesta casa, señalada con el número 2 antiguo y 7 moderno, de la calle que un tiempo se llamó de la Magdalena, y que desde el año 1865 ostenta en su fachada una lápida que dice sencillamente: Aquí MURIÓ COLÓN.

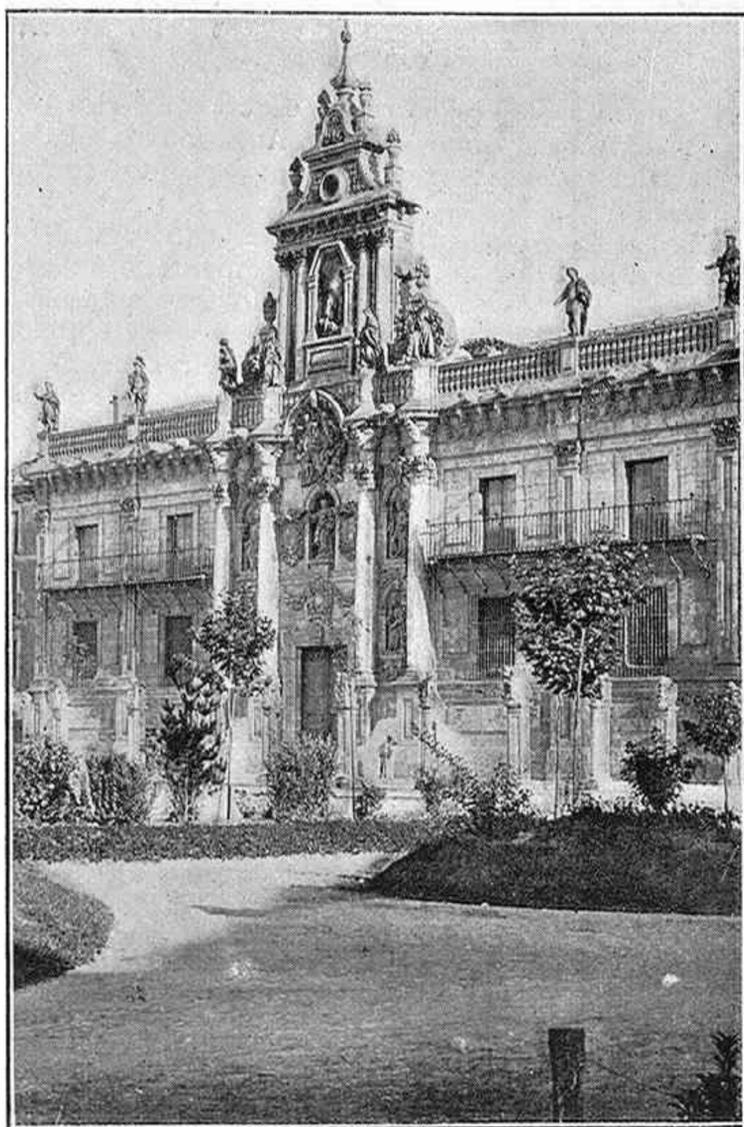
Durante mucho tiempo, digo, nadie puso en duda



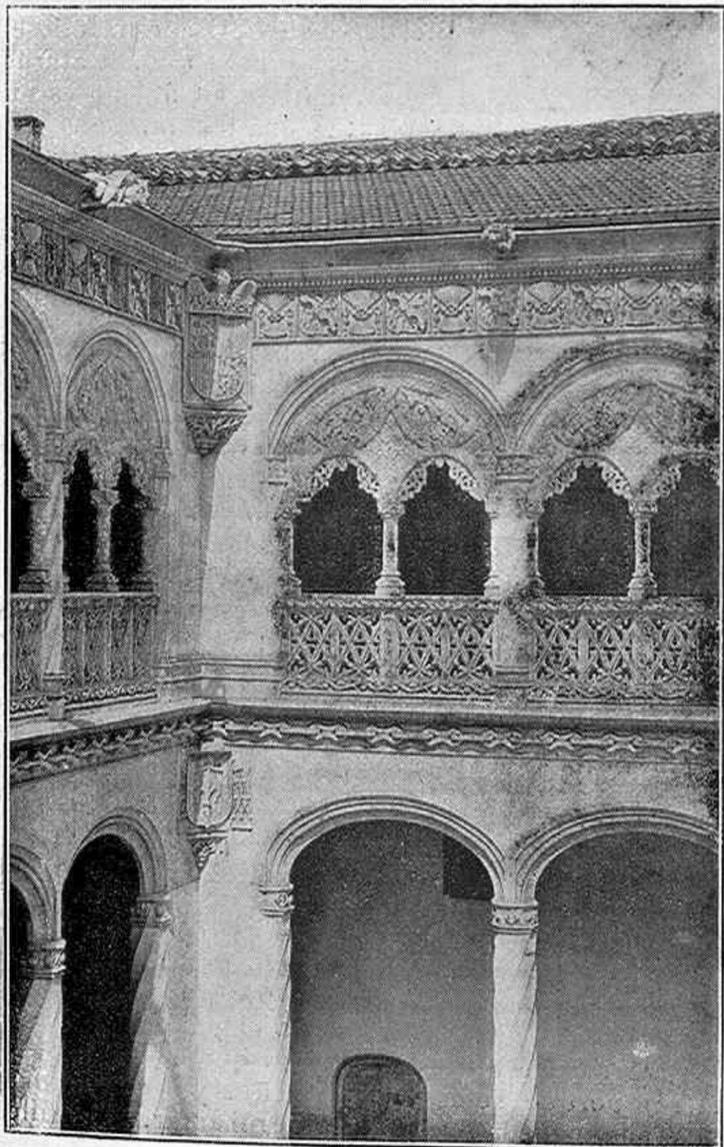
FACHADA DE SAN GREGORIO.

que en efecto, allí había lanzado su postrer suspiro el insigne navegante, merced al cual poseyó España todo un mundo, al que educó y puso en condiciones de constituir una multitud de pueblos civilizados; allí había pasado sus postreros días el heroico genovés, empobrecido, olvidado, acaso menos por ajenas ingratitudes que por ser condición peculiar de casi todos los genios la de no saber hacerse valer y, muchas veces, ni siquiera apreciar.

En 1864, el Ayuntamiento vallisoletano, acordó perpetuar tan importante hecho por medio de la susodicha lápida; y aquí comenzó Cristo á padecer. Habíase acordado que la inscripción dijera: *¡¡Aquí murió Colón!! — ¡¡Gloria á la Ciencia!!* Luego se encontró más conveniente substituir la segunda parte por esta otra frase: *¡¡Gloria al Genio!!*, después se consultó á la Academia y opinó que se debían suprimir las admiraciones; posteriormente, no sólo se prescindió de éstas, sino que se conservó únicamente la primera parte de la inscripción... Refería el famoso Franklin que un compañero suyo ideó la siguiente muestra para su establecimiento: «JOHN THOMSON, SOMBRERERO. — *Hace y vende sombreros al contado.*» Un amigo le hizo observar que la palabra *sombrerero* era inútil; otro le dijo que holgaba lo de *al contado*, pues podía convenir abrir crédito á algún comprador; otro hizo notar que á nadie le importaba saber quien hace los sombreros, y la muestra se redujo á esto: «JOHN THOMSON.—*Vende sombreros.*» Pero otro censor halló inmotivada la últi-



LA UNIVERSIDAD.



PATIO DEL AYUNTAMIENTO.

ma frase, pues nadie había de suponer que los sombreros se regalaban. — «Es cierto,—repuso Thomson; —mas como entonces no quedará sino mi nombre que nada interesa al público ¡lo suprimo por mi cuenta!» ¡Y de la muestra restó sólo un sombrero pintado!

¡Cualquiera diría que en Valladolid se ha tratado de poner en práctica la susodicha anécdota, pues por fin una sociedad más ó menos sabia y unos cuantos sabios sueltos, pusieron en tela de juicio que la casa de que se trata fuese habitada por Colón, fundándose en que el susodicho edificio no era suyo!

Con arreglo á ese modo de discurrir, el ilustre vallisoletano don José Zorrilla no debió morir en Madrid, porque allí no tenía ninguna casa... ni en otra parte tampoco, dicho sea en desdoro del pasado siglo.

Pocos genios hay tan desgraciados como en vida y en muerte lo fué el descubridor de América: le robaron el derecho de dar su nombre al nuevo continente; han atribuído á casualidad el feliz resultado de su aventura; le han negado el derecho de haberse muerto donde pudiera ó le diese la gana... y ahora se publica un trabajo en el que se *demuestra* que la peregrinación del insigne genovés por las cortes europeas, en demanda de apoyo, es una fábula.

No desconfío de que, con el tiempo, se lea en los *Diccionarios enciclopédicos* el siguiente artículo: «COLÓN (Cristóbal).—Famoso perfumista italiano del siglo xvi, que inventó el *Agua de Colonia.*» Ni más, ni menos.

EDUARDO BLASCO

Fotografías de Hauser y Menet.

¡BESO... DE BESOS!

ANDREA es una joven rubia, dulce, muy rica, educada en el temor de Dios. Ama mucho á Pablo y él la ama también; se casarán muy pronto; son muy felices.

Hay visita en casa de Andrea; ella habla con otras jóvenes; Pablo la contempla furtivamente, muy pensativo... Los labios de Andrea, al moverse para hablar, parecen á Pablo una rosa de amor que se entreabre. ¿Para qué describir la boca de Andrea? Dios, creador divino, la formó. El hombre debe admirar las obras de Dios sin analizarlas.

TEATRO «ELDORADO»



LUISA CAMPOS.

Fot. Audouard.

Es muy raro: la boca de Andrea es lo que tiene á Pablo tan pensativo. Por primera vez, está ocurriéndosele que aquella boca fué hecha por Dios, solamente, para que él, Pablo, sin tardanza ninguna, deposite en ella un beso...

¡Un beso de Andrea! Lo inconcebible, en realidad, es que no se le haya ocurrido antes.

Está Pablo muchos días inquieto; Andrea le halla

muy extraño. — ¿Qué tienes? — le pregunta; y es inútil que espere respuesta... es decir, Pablo, responde, pero con suspiros; unos suspiros que parecen á Andrea muy interesantes, pero que, en suma, no le descifran el misterio.

Y Pablo tiembla, sufre... palpita todo él, pensando en aquel misterioso deseo que está haciéndole perder el juicio.

Andrea va al campo con sus padres, y al novio se le invita después á pasar con ellos una semana... Es una noche estival, muy dulce, muy fresca, de cielo muy estrellado.

Los novios están solos; ella parece abstraída; él, piensa en el beso... No puede resistir, y murmura:

— ¡Andrea!

¿Qué modulación da á esta palabra, que Andrea, al oirla, siente en el corazón, no sabe qué presagios tristes?

— ¿Qué? .. ¿Qué quieres? — responde alarmada.

Replica él, bajo, muy bajo, tembloroso... ¿Qué dice? Levántase ella, roja de indignación. «¡Un beso! ¡Ah! Pablo, acaba de ofenderla; desde hoy vivirá prevenida.» Y reprocha á Pablo su locura, añadiendo amargamente:

— El cariño puro, el que tu alma debe alimentar por una mujer como yo ¿se expresa así?

Pablo no insiste al pronto; pero empieza una lucha extraña, cruel, de sentimientos, de opresiones; aquel deseo suyo, va agrandándose, le inquieta al principio, le aturde después, le hiere en fin; no es un deseo ya; es una locura.

— ¿Y qué importa? — suele decir ella; — falta muy poco; ¿no vamos á casarnos? Por otra parte, ¿qué mal encuentras en mi negativa? ¿No es lo que debe ser?

— Sí, lo que debe ser, pero meditando, reflexionándolo mucho; sometiendo el alma á una regla vulgar, encuadrándola en un molde frío, de límites que ahogan; seguramente, no podrás darme un beso, ni podré dártelo yo, sin que estemos casados; ahora te parece imposible... Te avergüenza... Después, no. Después, en un segundo, cambiará todo; ya no te violentarás; ya no te avergonzarás... Ya estaremos casados, ¡quién lo duda! ¡Pero qué transiciones! ¡Qué manera de sentir y de no sentir, no como tu corazón lo siente, sino como la sociedad te lo exige!

— No, — exclama ella — ¿qué has creído? ¿Que la mujer es así? Te equivocas; no es lo que tú dices; yo soy de otro modo y todas las

mujeres honradas serán como yo. Entonces, ¿ha de ser preciso que una mujer pierda el pudor porque se ha casado? ¡Qué absurdo! No, es que luego me someteré, porque serás tú mi dueño, y porque amándote, encontraré la satisfacción de mi amor, en la dulce complacencia que te demuestre.

Tal vez, esto hubiera convencido en otra ocasión al hombre; ya es imposible. Andrea no ve ahora la cara

de Pablo; si la viese ¡quién sabe lo que ocurriría!... Deslízase junto á e los un arroyo con músicas suaves; óyense ruidos extraños en la campiña; el cantar de algún pastor; el balar de una oveja; el esquiloncillo de la ermita próxima, toca la oración de la tarde; el sol se pone dulcemente. Todo invita á un tierno recogimiento. A Andrea, se le dilatan los pulmones con los aromas de la salvia y el tomillo; está muy conmovida; si en este punto pusiera Pablo su boca en la de Andrea, quizás respondería la mujer con un puro beso de amor.

Pero ella vuelve á la realidad muy pronto, y á las nuevas protestas de Pablo, niega como siempre; no es el suyo un corazón de mujer; es un diamante durísimo.

Pablo, se va... Se va, y no vuelve. Andrea está inquieta. Tiene carta en cierta ocasión; cuatro renglones... Pablo está enfermo; y en la carta le dice: «¡Por tu culpa! ¡Por tu culpa!»

—¿Será verdad? — piensa Andrea, llorando. — ¿La tendré yo?

Pablo se agrava... Andrea, quiere volver entonces á la ciudad. Sabe allí que está peor. ¿Cuál es su mal? ¡Quién lo puede decir! Nunca se queja; no le duele nada.

Con mucho trabajo, va Pablo un día á casa de Andrea. Ella, se horroriza. «¿Es Pablo aquel hombre?»

Quédanse un instante solos; es la última entrevista. Ella está más pálida aún que Pablo.

—¿Será posible, Dios mío?—dícese, calladamente. — ¿Se morirá por eso?

Hay un segundo en que cierra los ojos y va á poner la boca, sumisa, para que él la bese... Pero los interrumpen y es ya imposible. Pablo no se apercibe de aquella ráfaga que ha pasado por el cerebro de Andrea.

Sepáranse, al otro día está Pablo peor; al siguiente, peor aún. Andrea cree morir... Pero no, quien muere es Pablo. Muere seis días después de la última entrevista que tuvo con la mujer amada.

¿De qué ha muerto? ¿Quién sabe? De lo que puede morir cualquiera; de todo quizás, menos de que Andrea no le besara ó no la hubiera besado él. Pero con los antecedentes anteriores ¿quién podría probar á Andrea que no ha muerto de lo que él dijo que iba á morir?

Al saber la noticia, corre desesperada á ver el cadáver; detiéndose junto al ataúd, creyendo que el corazón se le despedaza. Pablo, con los ojos abiertos, con los labios fríos, parece decir á la aterrada mujer:

—¡Por tu culpa! ¡Por tu culpa!

Cae de rodillas, y clama, desoladamente, con las manos en cruz:—«¿Por qué, Dios de Misericordia, no le di antes el beso que me pedía?»

* * *

Pasa tiempo y el dolor no se le va del alma; la sombra de Pablo vive en ella... Pero los padres están tris-

tes... Tristes por su hija. Joven, rica, hermosa, puede vivir aún, puede gozar.

—¿Por qué no te casas? — es el tema de siempre en boca de sus padres, en boca de sus deudos y amigos. Consiente al fin. Sus padres están muy viejos... ¿Qué hará sola en el mundo después que mueran? Con mucha repugnancia, oye las pretensiones de otro. Da el sí...

¿Sabéis una cosa? Lo primero que hace este hombre, es solicitar una prueba de cariño.

—¿Qué prueba?—repite ella con inquietud.

—¡Un beso!

—¡Un beso! — piensa horrorizada — ¿se irá á morir también si no se lo doy?

TEATRO «ELDORADO»



BONIFACIO PINEDO.

Fot. Audouard.

Y sin afán, sin amor, tristemente, alarga su cuello blanco y besa en la boca al dichoso.

El, la mira suspenso... Se va... Y no se casa con ella.

Le ha parecido muy frágil.

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

ESTIVAL

Ornadas con sus flores, junto á ríos
de cristalinas ondas,
jardines deliciosos nuestras frondas
semejan. Desde el cielo
el sol de los más cálidos estíos,
risueño entre sus nubes de colores,
en filigrana de oro manda al suelo
sus fecundos ardores
y arroja, sin medida,
sus torrentes de vida
sobre la húmeda tierra
que en sus entrañas la simiente encierra.

Mirad: todo fermenta
sintiendo del calor el beso amante:
brotan verdes las plantas y revienta
la henchida yema; savia fecundante
asciende por los troncos y los tallos,
y exhalan sus suavísimos olores
al entreabrir sus cálices las flores,
para gozar de los amantes rayos.

Los pájaros cantores
aturden la floresta,
cantando sus amores
de rama en rama, porque están de fiesta,
porque ven la alegría
hasta en las hojas de la selva umbría,
que mueve de contento
de las ramas los bellos abanicos,
al compás del dulcísimo conuento
de los sonoros picos.

La brisa, que yacía
entre la virgen selva, aletargada,
revuela entusiasmada
preludiando su tierna melodía;
insectos zumbadores

y reptiles de escamas de colores
de algún oculto nido
ó de escondidas grutas
salen, porque han sentido
el sol que endulza sezonadas frutas.

El paciente ganado,
en la llanura verde,
muje á los rayos de su sol amado
y el dulce pasto muerde;
en la márgen de un río, que retrata
el disco de oro en la bruñida plata,
el relinchar se siente
de los potros salvajes y matreros
que aman la libertad y van ligeros
á apaciguar su sed en la corriente.

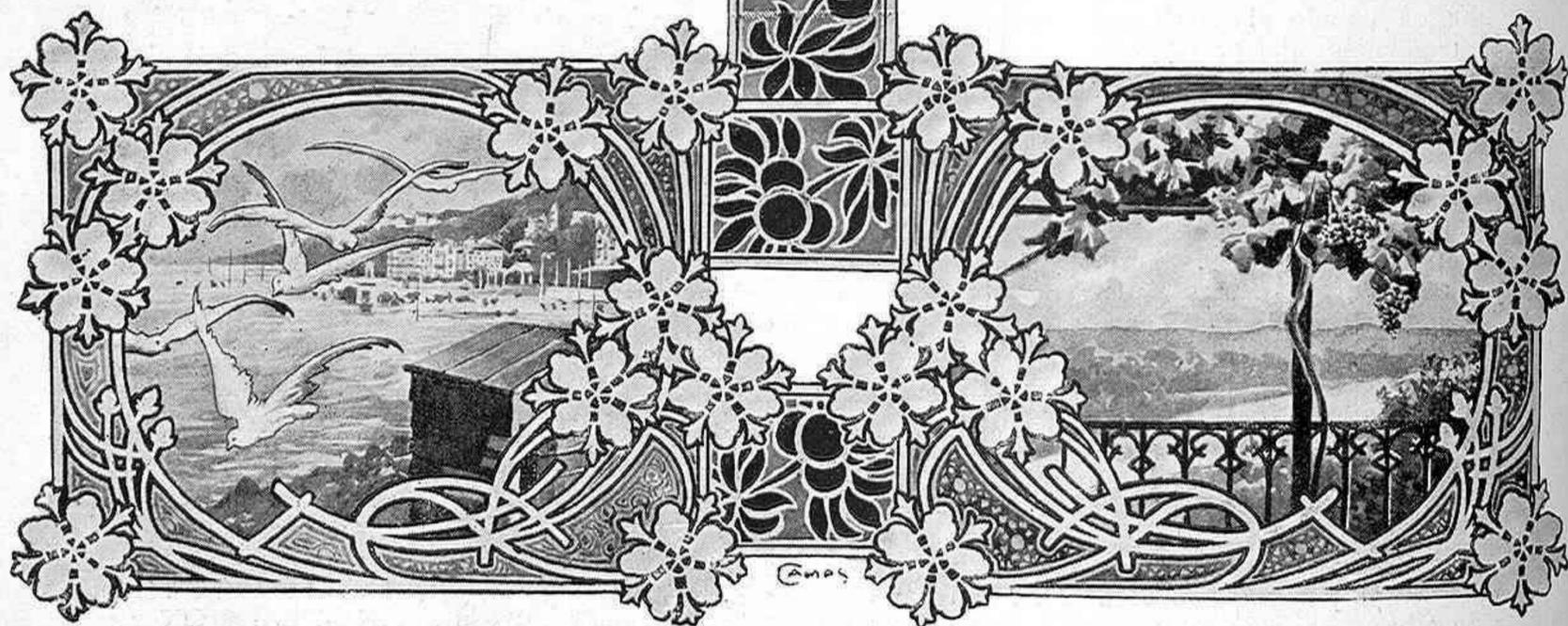
Por doquier, en la selva,
hay idilios nupciales,
porque doquier hay vida,
porque el sol de los días estivales
á los placeres del amor convida
y enciende con su llama
el cielo, los espacios y las ondas,
y en las tupidas frondas
todos los seres con su ardor inflama.
¡Hasta la fiera entre las breñas ama!

Y, ¡sabad! A esa hora
en que un sol de los trópicos enflora
la selva virgen y el ameno prado,
en que canta más recio la *chicharra*
y en que el céfiro es tibio y perfumado,
arrulla nuestro gaucho á la que adora
bajo el ombú y al són de su guitarra
con estrofas de *Guido* y de *Obligado*. (1)

José CIBILS

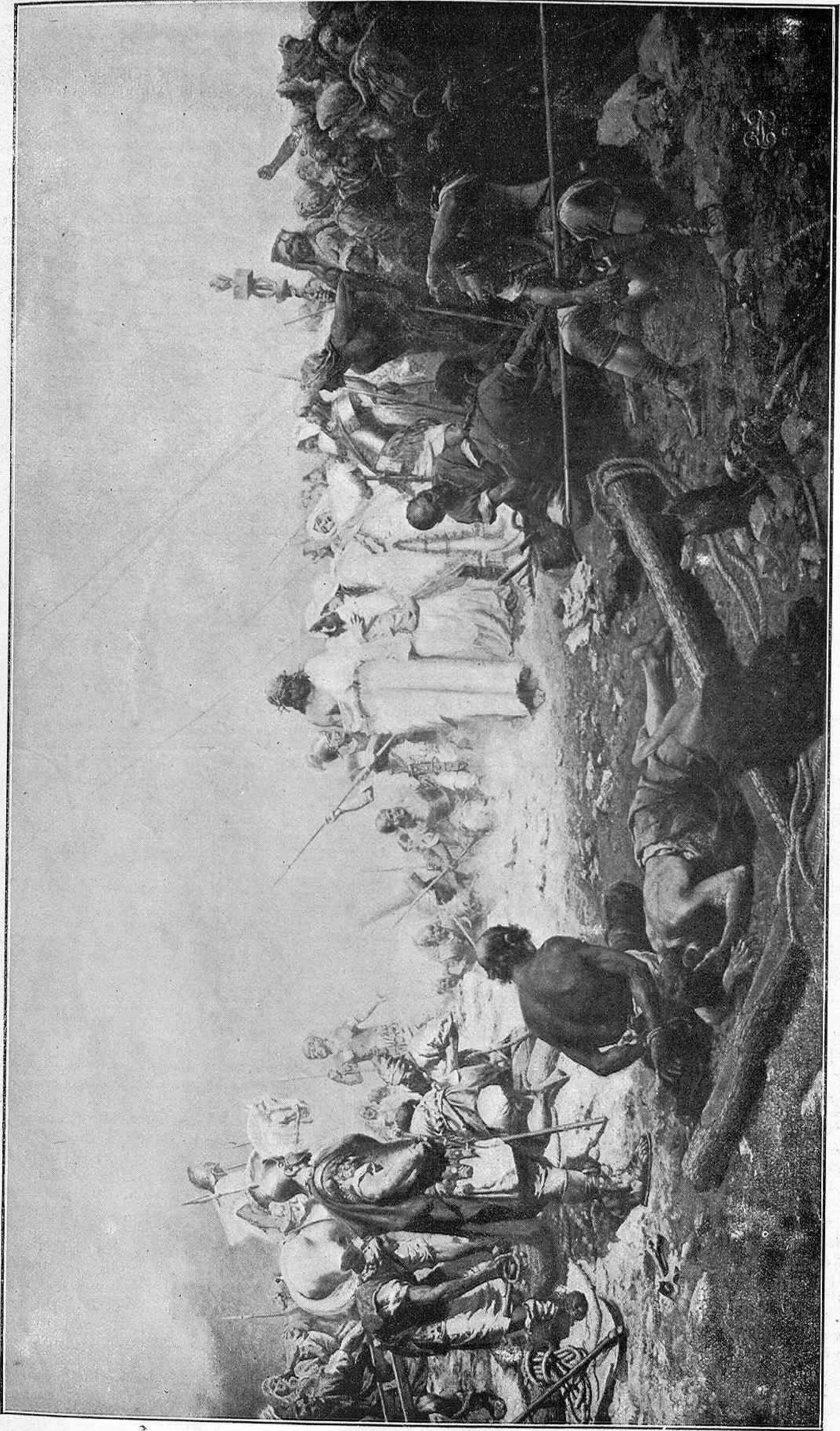
Rosario de Santa Fe.

(1) Poetas argentinos.



Orla de G. Camps.

JOSÉ ECHENA



JESÚS EN EL CALVARIO.

J. Laurent y ^{ca} (Madrid).

LA LLAVE DE LA DICHA

LA Baronesa se desvivía recorriendo sus elegantes salones, animando con sus miradas y sonrisas, con sus discretas frases á los invitados.

Llegó al grupo de sus más íntimos, donde se hablaba animadamente de las excelentes grandezas y villanías del juego, disponiéndose á disfrutar de la agradable presencia de aquéllos; y al fijarse en la persona que hacía uso de la palabra, un elegante joven como de unos treinta y ochos años, ojos lánguidos, rostro algún tanto tostado y luenga y crespa cabellera, la hermosa jamona no pudo menos de preguntarle:

—¿Es posible, doctor?

—Ya lo ve usted, señora,—repuso Pepe Rosales, que este era el nombre del aludido.—Fatigado de *surcar* esos mares procelosos, vengo en demanda de tranquilo y seguro puerto.

—Pero, ¿es posible, doctor,—repuso sonriendo la dueña de la casa—que le guste el juego?

—Raro podrá parecer, máxime en quien como yo llegó á dominar ese vicio... ó pasión.

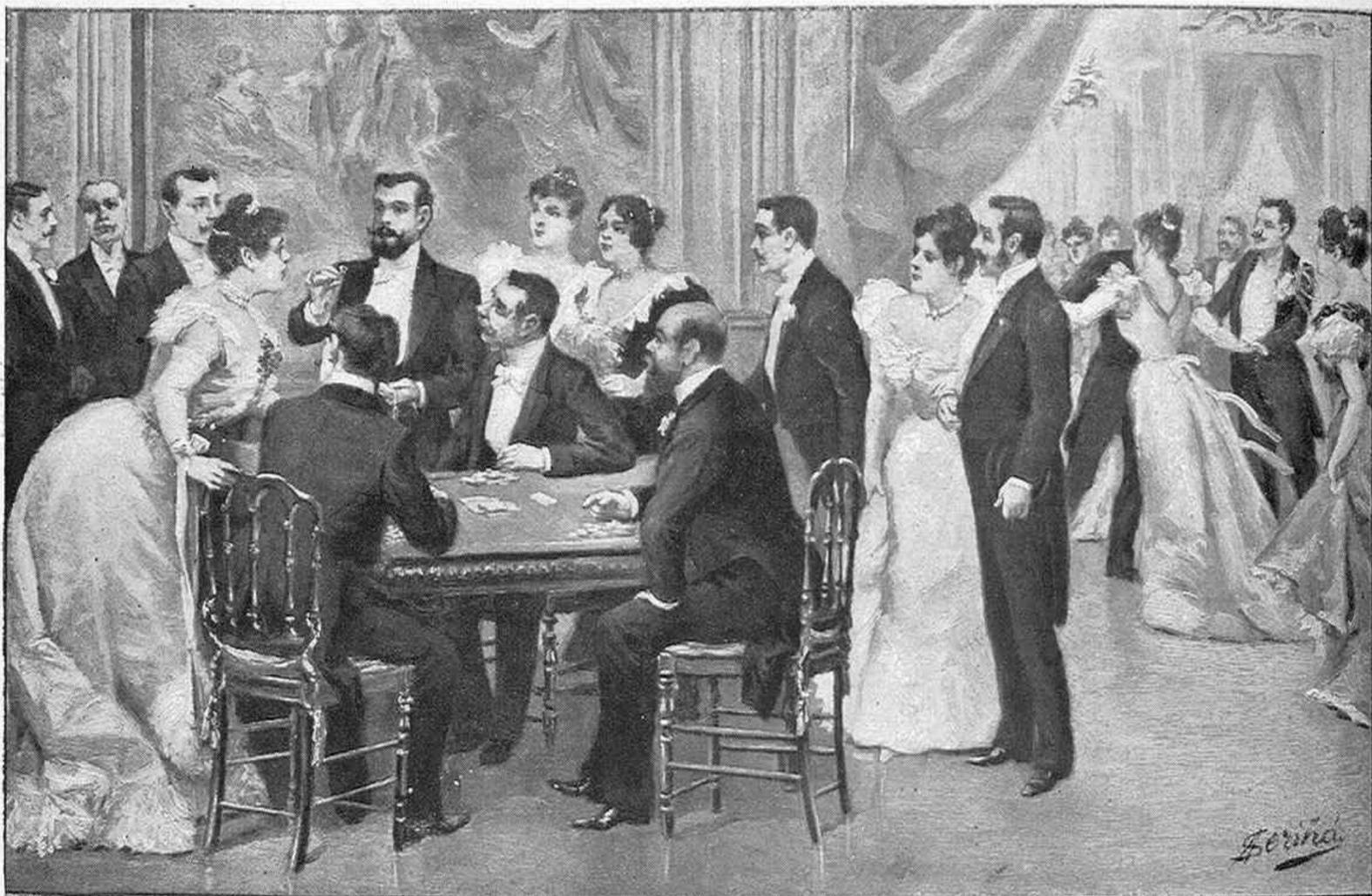
—¿Y no juega nada, nada?

—Absolutamente, desde hace un año. Algunas veces, al ver ante mí un tapete verde, me siento tentado, pero me domino y me alejo; es decir, huyo.

—Vaya, pues, no tardará usted en caer nuevamente en el vicio,—repuso un anciano, con grave entonación.—El juego es una enfermedad cuyo gérmen no muere nunca.

—Abundo en sus opiniones. Mas, á pesar de ello, quien como yo dispone del medio de resistirla...

—¡Cómo! —exclamaron á coro los allí reunidos.—¿Habla usted seriamente?



—Tanto, que quiero mostrarles el preservativo,—contestó Pepe, sacando pendiente de la cadena del reloj una diminuta y linda llave.

—¡Ya! Se trata de una historia ¿eh?—preguntó la condesita de Rubielos.

—Cabalmente, señorita; de una historia y no alegre, por cierto.

—¡Ah! somos todo oídos, doctor,—gritaron los más, formando círculo alrededor de Pepe, quien, sin hacerse de rogar, comenzó en estos términos.

* * *
La víspera de reembarcar para España, asistí á una de las fiestas que el cónsul francés daba á lo más importante de la capital de la isla, que no cito. Allí, en los salones, estreché la mano de muchos antiguos amigos y conocidos. Entre estos últimos se encontraba S... tipo al que profesaba la doble antipatía de quien se ve precisado á respetar la hermosa fruta del cercado ajeno y advierte la miel en la boca del asno. Habíame contado de él casos estupendos, casi criminales. Fué á aquel país en busca de fortuna. Era inteligente y laborioso y logró sus deseos, pero siempre en

vísperas de volver á su patria, hubo de aplazar el viaje á causa de haber perdido en el juego hasta el último peso. Yo le había conocido tres meses antes. Me llamé para asistir á su mujer, que se hallaba enferma en un Cotaje de las palmeras. La hermosa señora de S., así se la llamaba en la ciudad, tenía á la sazón unos veintidós años. Todos los europeos estaban perdidamente enamorados de sus ojos verde mar, ocultos bajo unas pestañas negras, de expresión sencilla y provocativa á la vez; su tez blanca y un no sé qué, algo así como de sirena, me cautivó, quedando prendado de ella. La encontré en cama, algún tanto febril; esto realizaba más su belleza; á través de la fina batista adivinábanse sus formas puras, hermosas; su voz, su excitación, su tristeza, todo, todo me atraían tanto que, se lo aseguro á ustedes, temblaba al tomarle el brazo para pulsar la arteria... Y no fueron pocos los esfuerzos que me vi precisado á hacer para ocultar la violenta impresión, bajo el aire de la gravedad profesional.

Cuando me retiré, llevaba en mi corazón y en la mente, esa turbación del primer amor; esa impresión

dulcemente conmovedora. Yo no podía vivir sin ella, y al propio tiempo, la idea del criminal abuso me exasperaba. Pensé en huir y huí en efecto. Visité casi toda la América Central, y regresé á mi casa creyéndome curado.

Volví al Cotaje varias veces más, pudiéndome per-



suadir de que la mujer de S. poseía vastísima instrucción y que por su hermosura, por su educación, y por su carácter dulce y digno, podía hacer la felicidad del hombre más exigente. Aun que yo callé mis sentimientos, ella era demasiado inteligente para no adivinarlos. De todos modos, como hube de convencerme de que ella amaba á su marido, ó al menos le quería lo suficiente para no faltarle, llegando al colmo mi decepción, resolví salir de aquel país y volver al mío, para probar quizás la eficacia del refrán...

* * *

Hacia la segunda mitad de la noche se armó la banca. La mesa quedó rodeada en un instante; las embestidas de los puntos fueron tan certeros y fuertes, que en menos de media hora quedaron derrotados dos banqueros, perdiendo cincuenta mil pesos oro cada uno. Yo ganaba, y ciego, embriagado por el metal y por la avaricia, al levantarse el último derrotado, dije:

—Tallo cuarenta mil pesos.

—Bien,—contestaron secamente mis compañeros.

Entonces comenzó á desarrollarse la verdadera, la desenfadada pasión del juego. Los puntos mal acostumbrados, empeñados en desbancarme, no hacían más que doblar: todo, todo lo vencía mi rara suerte; el dinero de aquéllos pasaba á mi poder con rapidez enloquecedora. Frente á mí estaba S., jugando siempre á las cargadas. Pero como ante mi estrella próspera se estrellaban todos los esfuerzos, S. quedó sin dinero. Propúsome jugar sobre su palabra. Acepté, sí, acepté, porque el brillo de tanto oro no colmaba mi avaricia, y no bastándome con todo lo ganado, quería tener créditos, muchos créditos.

S. jugó á la doble, y á pesar de su propósito, perdió y perdió siempre. Al llegar á las cien mil pesetas, pálido como un cadáver, congestionado, según el rojo de sus ojos, vaciló.

—¿No hace usted postura?—le dije.

—No puedo empeñar más mi palabra,—repuso con ahogado acento.

Comprendí que le había arruinado por completo. Y como ocurrió que ya nadie apuntaba, iba á levantarme. S., se me acercó ansioso, y en voz baja, muy baja y sofocada, me dijo, sacando del bolsillo un pequeño objeto:

—He aquí la llave de la habitación donde duerme mi mujer; la juego contra lo que he perdido.

Y colocó la llave sobre el tapete.

De lo que pasó después, nada sé; confusamente se me ocurre, pero no puedo concretarlo... S. perdió, después de una lucha encarnizada de un cuarto de hora. Cogí la llave con pulso febril, y en mi mente, bestialmente atrofiada, apareció una voluptuosa imágen, ondulante al viento su cabellera, chispeantes de amor sus ojos verde mar... Creyendo en mi locura, que me llamaba, salí de aquel salón, luego de la casa, y corriendo me dirigí al Cotaje de las palmeras. Tenía en mi poder el resorte, la varita mágica que me había de hacer dueño del tesoro para mí máspreciado, por el cual diera gustoso mi vida...

* * *

Cuando el aire puro de la madrugada despejó mi mente, barriendo de ella los miasmas asquerosos y requemantes del salón de juego, sentí vergüenza, tuve horror de mí mismo y, volviendo la espalda al Cotaje, huí como ladrón sorprendido en flagrante delito. Llegué sin cesar de correr al muelle, tomé una lancha y me dirigí al trasatlántico, donde ya estaba mi equipaje. Cuando desde la cubierta escudriñé el sitio donde ella quedaba y las preocupaciones invadieron mi mente, no pude contener las lágrimas, que fuí á ocultar á mi aislado camarote. No me avergüenza confesarlo. Sin embargo, la esperanza de volver á ver á aquella mujer tan amada como infeliz, sirvió de gran lenitivo á mi dolor amargo...

* * *

Pepe aceptó una copita de Jerez, servida por orden de la Baronesa, y guardó silencio.

—Tendría curiosidad en saber con qué cara recibió la hermosa señora de S. á su indigno marido.

—No se vieron más, señora,—contestó el doctor, gravemente.—S., al salir yo aquella terrible noche del salón de juego, se hizo justicia, alojándose una bala en el corazón. Cuanto á la viuda, la conducta infame de su marido mató en ella todo amor. Por lo demás, no tardaré en saber el resto de la historia y á qué atenerme.

—¿Piensa volver allá?

—Sí, muy pronto, señora; tengo necesidad de verla para referírsele todo; quiero disculparme, implorar mi perdón y...

—Y... devolverle la llave de su habitación.

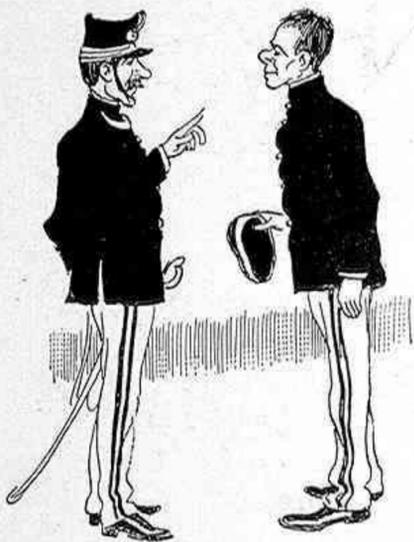
—Eso es,—contestó sonrojado Pepe.

—Claro, para entrar en el cuarto de su mujer, ¿qué falta hace la llave?

R. DE MONTEARAGÓN



Ilustraciones de A. SERIÑÁ.



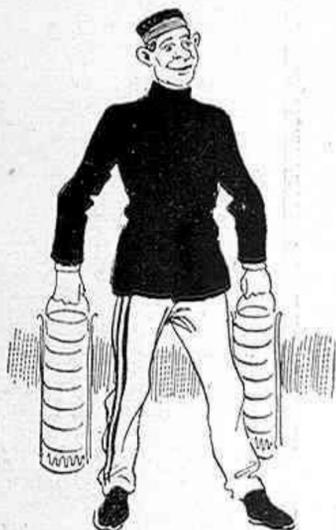
1.—Ve á casa de la patrona y tráete la comida, y de paso entras en casa de la señora marquesa y dices que no puedo ir á comer porque estoy de guardia.



2.—El señorito, que no pue venir á comer porque está de guardia.
—Pero le llevarás la comida.
—Quiá. Hay otra combinación.



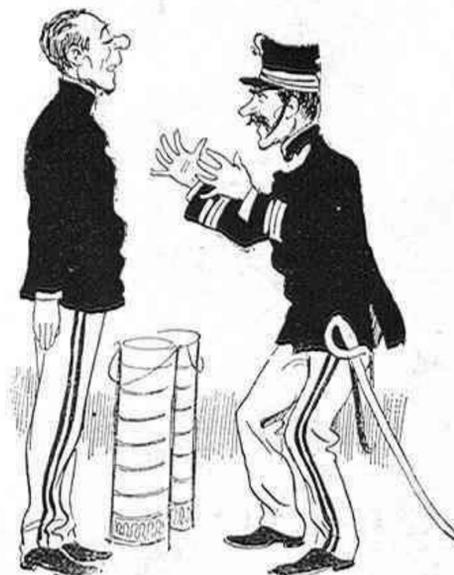
3.—De parte de mi señorito, el capitán Céspedes, que me de usía la comida, porque él no pue asistir porque está de guardia.



4.—Pues no me han dau aquí cacharros, que digamos: la mar de cuchifritos y de pastelicos. Me paice que habrá pa todos.



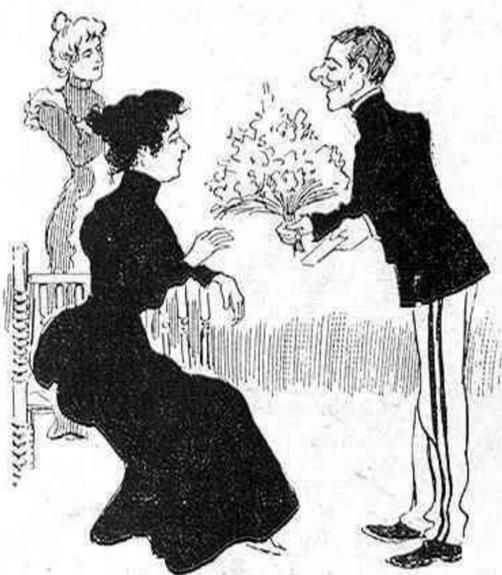
5.—¿Qué traes ahí? ¿Se ha vuelto loca esa señora?
—Es que la señora marquesa es muy rumbosa. Ya verá usted, ya verá, mi capitán.



6.—¿Pero es de casa de la marquesa? ¡Majadero! Me has puesto en ridículo. ¿Qué pensará de mí esa señora? ¿Qué hacer ahora? Le pondré una carta... ¿Pero qué decir?



7.—Toma, zopenco. Con estos cuatro duros compras un ramo, donde siempre, ya sabes, y lo llevas á la señora marquesa con esta carta. ¡Cuidado hagas otra barbaridad!



8.—Traigo á usía este ramo de parte de mi señorita, con esta carta.
—Ay, es precioso. Mira, Inés, da algo á este muchacho.



9.—Diga al señorito que no tiene por qué disculparse, que lo hecho me ha servido de gran satisfacción.
—¿Qué es esto, un duro? ¡Quiá, si me ha costao cuatro!

CARTELES

ARTÍSTICOS



SERIE 1.^a

NÚM. 21

Cartel anunciador del petróleo «Gal» de la perfumería Echeandia. — Madrid.